

LA SOCIEDAD DEL MIEDO EDIFICADA POR EL DESARROLLO MODERNISTA: ENLACES CON LA FRAGILIDAD HUMANA Y LA PERCEPCIÓN DEL OTRO

THE SOCIETY OF FEAR CREATED BY THE MODERN DEVELOPMENT: JOINTS BETWEEN THE HUMAN FRAGILITY AND THE PERCEPTION OF THE OTHER ONE

José David Lara González

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (México)

Resumen.- El ensayo presenta sucintamente como el desarrollismo de los modelos existenciales fundados en las tesis de la modernidad modificaron la vida alrededor del mundo, occidentalizándola. Se comenta el intento y falla de la instauración del Estado del Bienestar que resultó en un estado permanente de crisis e inestabilidad generando lo que se conoce como la sociedad del miedo, construida en la formulación reestructurada del sistema ternario del temor. Dicha sociedad es simultáneamente la sociedad del riesgo donde el ser humano es conducido por un materialismo que lo impulsa al consumismo en una forma de vida desorientada, inconsciente e insustentable. Se plantean las interconexiones del fenómeno con la fragilidad humana que se ha incrementado durante el proceso y que se alimenta de sostener una visión tendenciosa del rol del otro, elaborada en perspectivas estereotipadas negativas que lo asumen como culpable, lo que construye una sociedad rota dominada por el individualismo.

Palabras clave.- *desarrollo social, Estado de Bienestar, sociedad del miedo, consumismo, sistema ternario del temor.*

Abstract.- This essay briefly talks about the development of the models of the existentialism founded in the premises that the modernity modified life around the world, occidentalizing it. It talks about the attempt and the failure of the instauration of the Welfare State that resulted in a permanent state of crisis and instability. It generated what is known as the society of the fear built in the restructured formulation of the ternary system of the fear. This society of the fear is at the same time the society of the risk where the human being is lead by a materialism that moves them to an unconscious and unsustainable level of consumption. It deals with the interconnections of the phenomenon with the human fragility that has increased during its process. This course of action sustains a tendentious role of the other humans, based on the stereotyped and negative ideas that have created a broken society characterized by the individualism.

Key words.- *social development, Welfare State, fear society, consumerism, ternary system of the fear.*

EL DESARROLLO

La época contemporánea está surcada por una problemática de la más vasta y compleja índole. A lo psicológico se agrega lo social. Lo individual ofrece su monto de elementos, asuntos y problemas mientras que lo social no sólo se nutre de lo que acontece a los individuos sino que impacta ésa esfera, crea la propia, se liga biunívocamente a la primera, entra y sale de ambas esferas sin delimitaciones claras ni constantes y menos permanentes, se genera y regenera dando pasos

adelante y otros atrás y potencia considerablemente las complejidades de cada una de estas dos esferas interactuantes, que se acoplan a lo analizado por Sloterdijk (2003).

La etapa de la modernidad para algunos ha concluido para otros no. Algunos aceptan que ha terminado y otros asumen que ha virado hacia lo que se denomina la posmodernidad. Mencionábamos que no hay límites conspicuos entre individuo y sociedad y algo semejante ocurre entre modernidad y posmodernidad. Independientemente de que aceptemos o no la culminación de la modernidad es obvio que tal etapa del desempeño humano ha fraguado sobremanera a todo el orbe.

La modernidad, sea la mediata o la tardía, trasmirió las formas de producción, las de gobierno, las políticas, las sociales y hasta las de pensamiento en lo que Latour (1993) configura como la institucionalización de las diferencias entre naturaleza y cultura. Unida al fortalecimiento de los Estados nación planteó ella misma una ruta preclara del desenvolvimiento humano y con esto el del propio globo puesto que para lograr sus propósitos le fue indispensable emplear y modificar el medio natural fuera del ser humano y sus conglomerados.

Se crea la senda del desarrollo y se establece a éste como el parangón, como la forma en que la humanidad alcanzaría sus más altas inquietudes. Vuelto el paradigma de la evolución humana y planetaria, el desarrollo se ubica como el debido quehacer humano para todas las sociedades y sitios del mundo. Casi por decreto de ley o definitivamente como tal, el desarrollo es fundado como el paradigma de este planeta (Zaid; 2001, 2004). Los países dominantes se dan a las tareas que el desarrollo promueve, activa y requiere y las transfiere también a los países de la periferia. Nace así un nuevo semblante o división territorial mundial, la de los países centro y los países periferia.

La persecución del desarrollo exige el ajuste de muchas cosas e ideas. Se originan nuevas creencias, se generan nuevas reglas existenciales. Se articula un nuevo entramado de principios y valores, se instaura toda una serie de intereses. Se avizora un horizonte resplandeciente que llevaría al mundo al Estado de Bienestar. Como eje toral y plataforma de lanzamiento y afincamiento se establece a la economía mundial. La economía se torna el motor y el alma del desarrollo (Luhmann, 1993). La economía se presenta como el arma (y "alma") humana con la que se alcanzaría el Estado liberal que aseguraría el asentamiento del ser humano en la cumbre de la historia.

La economía se vuelve ciencia y al mismo tiempo el mecanismo ideal, lógico y "natural", legal y "legítimo" para combatir la ineficacia de los modos de vida pasados que no habían logrado un avance más satisfactorio de las comunidades humanas. Se consolida al desarrollo de la economía como el pilar más firme para conseguir el desarrollo socioindividual. Se ancla al desarrollo como el medio para asegurar la felicidad humana tan anhelada como antaño y tan actual como ser mencionada por el mismo B. H. Obama en su discurso de toma de posesión como nuevo presidente de los EEUU de Norteamérica (20, 1, 2009). Se trabaja arduamente en lo material y en lo subjetivo para realizar y apuntalar al desarrollo. Se presentan y practican todo tipo de intentos, pruebas, diseños, planes, proyectos, programas que buscan la materialización del desarrollo. Se vive y se sueña con el desarrollo, se establece al desarrollo como la meta más importante de la humanidad. El desarrollo es así, simultáneamente, medio y meta-objetivo del devenir humano (Sachs, 1992).

El desarrollo se plasma como la resultante histórica del quehacer humano, además se le maneja como irrenunciable: nadie debe quedar fuera del plan "genial" del desarrollo, por "su propio bien".

Habiéndose concebido a la economía como el motor, la fuente y sistema del desarrollo, entonces la humanidad comienza a caminar por el mundo a través de “modelos económicos de desarrollo”. Aparece en determinado momento el capital y con ello se da pie a los sistemas capitalistas de producción. Los países que pueden se hacen capitalistas. El capitalismo se hace real. Otros países buscan derroteros alternos y se hacen socialistas-comunistas. Ambos modos de producción se tornan ideológicos y entran en competencia ácidamente antagónica por muchos años hasta llegar al declarado “fin de la historia” (Fukuyama, 1992), noción equívoca que sin embargo registra un momento de gran importancia en la historia contemporánea pero que se refocila en las ideas de la utopía del mercado total (Lander, 2002).

Países capitalistas o comunistas-socialistas diferenciándose en muchas cosas se abastecen de otras que tenían en común. Ambos “mundos” no cesaban de perseguir el desarrollo y tampoco renunciaban al paradigma de la modernidad, el cual terminaba siendo un paradigma. Los dos sistemas ideológicos buscaban el desarrollo a través de los postulados de la modernidad. El mundo quería ser desarrollado al mismo tiempo que moderno. También ambos mundos ideológicos hicieron uso de los países más débiles, que siguieron siendo periferia, como “países sustrato”, “bancos de materias primas”, “laboratorios experimentales” y “tiraderos de desechos”. A lo que se puede agregar su empleo como “paraísos fiscales”, “campos de mano de obra barata”, “extensas áreas para el consumo-consumismo”, “sitios de veraneo”, “edenes para la tercera edad”, y demás “utilidades” que el llamado “tercer mundo” puede “ofrecer” y para lo cual es “único”.

Lo que se ha logrado tanto con la modernidad como con el desarrollo en muchos casos es palmario y en otros no. Asimismo esos logros resultan palpables, obvios para algunas personas y para otras no. Sin embargo, fueren del tipo que fueren, éstos resultados son sumamente importantes y trascendentes. Desde luego que no podemos negar que hay algunos resultados que son bastante buenos, deseables, quizás hasta satisfactorios pero en la otra esquina están los resultados negativos, los malos resultados, no deseables y por supuesto, no satisfactorios (Sachs, 1992). La “justa balanza de la historia” propondría a los primeros en un plato de la balanza y a los segundos en el otro, sin dejar de reconocer que existen resultados parciales, digamos “intermedios”, o sea, logros que se encuentran a “medio camino” entre ser buenos o ser malos, intentando no caer en visiones veladas por el maniqueísmo, la aparente “sencilla” dicotomía bueno-malo. Independientemente de tomar en cuenta o no esos resultados “intermedios” y al mismo tiempo, independientemente del modo en que se adentraran esos resultados en el caso de hacerlos participar en la “medición” por medio de la balanza mencionada, tenemos una situación no favorable para el dueto desarrollo-modernidad. Las repercusiones negativas son más que las positivas. Tenemos así en todo el orbe un desarrollismo que fracasa por sus propias incapacidades (Max-Neef, 1993) tanto como por sus fuertes contradicciones teóricas y prácticas.

El balance entre logros positivos negativos está siendo manifestado en la crisis que el mundo está viviendo ahora. A pesar que ha habido “avance” en muchas de las condiciones de vida y otros ítems, en otras muchas consideraciones el balance es negativo y esto no sólo para las mayorías de las comunidades humanas sino para el resto de los elementos que conforman el ecosistema global Planeta Tierra (García, 2006).

Sí, el desarrollo-modernidad, en un análisis que intenta ser desapasionado, ha creado más problemas de los que ha resuelto y no ha conducido al tan esperado y deseado progreso, es decir, al desarrollo francamente positivo de las grandes mayorías humanas y tampoco del resto del orbe (otras especies y los restantes elementos del ecosistema total).

Sin pretender discriminar “ciegamente” puesto que habría muchos temas que tocar, queremos referirnos en esta oportunidad a sólo tres puntos del amplio espectro posible de la problemática sembrada: la FRAGILIDAD HUMANA, la SOCIEDAD DEL MIEDO y la OTREDAD.

FRAGILIDAD HUMANA

Una de las características del ser humano es su alta capacidad de adaptación misma que le ha valido para su sobrevivencia. Una de las maneras en que se ha interpretado esa alta adaptabilidad es la de asumir al humano como dotado de una resistencia que ha salido adelante bajo muchas, variadas, complejas, duras y sostenidas pruebas. Esto ha movido a pensar de modo simplificante que otra de las características del humano es su resistencia; conectada a las concepciones de libertad (Berlin, 1988). No es gratuito que la sabiduría común rece “lo que no mata te hace más fuerte”, expresión coloquial que si bien guarda cierto nivel estético, presenta un nivel de veracidad menos comprobado.

Estableciendo un símil entre el ser humano y la vida, sabemos que la vida es resistente pero a la vez es frágil. El humano es resistente pero al igual que la vida, en determinado momento y condición, es frágil también (Piola, 2004). La vida igual que el ser humano “aguantan” condiciones adversas serias y muy serias (recordemos que llegó a haber personas sobrevivientes de los campos de exterminio nazis, algo increíblemente sorprendente), pero igualmente, ambos llegado el límite, ceden, se agotan, se terminan. Incluso pueden terminarse de manera intempestiva, sin aviso, instantáneamente y de modo violento, aun cuando las circunstancias indicaran la esperanza de otro sino.

La fragilidad humana no queda en el mayor o menor riesgo de la vida humana, en realidad es más amplia.

El desarrollo-modernidad cobra sus obras sobre la humanidad y sobre la humanidad del ser humano. Cobra caros sus “favores” tanto al individuo como a la sociedad. Ofreció el reinado del raciocinio, el “reino de la razón”, pero a cambio desbancó a Dios de la centralidad que había tenido históricamente: Laplace, ante Napoleón, suponía a Dios como una hipótesis innecesaria (Villaveces, 2005). La fuerza de la razón venía a explicar el motivo y la sensación de la vida. Otorgaba nuevos sentidos a la existencia. Se proponía la seguridad de largas vidas sanas acomodadas confortablemente en la matriz de una sociedad civilizada, donde la naturaleza fuera vencida y ya no planteara riesgos azarosos.

Se propuso férreamente la domesticación de la naturaleza para tomar el lugar del líder que el humano se asignaba a sí mismo una y otra vez dentro del sistema fundado. Se asumió el rol estelar que el ser humano tenía en la naturaleza como dueño, amo y señor de todo lo existente. Cuando esto se conectaba con ideas contrarias al desarrollo-modernidad que hablaban de la falacia de tomar tales formulaciones como realmente válidas, sembrando algunas dudas, se daba una vuelta de torque del sistema ligeramente hacia atrás y se recordaba que el mismo Dios en sus distintos dominios y etapas, había concedido el predominio pleno del ser humano sobre el mundo restante. El pensamiento pragmático y ecléctico es lo regular en el cosmos utilitarista generado por el desarrollo-modernidad.

La naturaleza externa al humano, en su fortaleza y vastas dimensiones, había significado temores para los grupos humanos en las distintas fases de la historia. Siendo hasta aquel entonces “poco manejable”, “poco domesticable” en parte por la precariedad de la ciencia y de la tecnología de esos ayer, la naturaleza llegaba a ser vista como un rival que se desea someter (Sheldrake, 1994).

Cuando la revolución del desarrollo-modernidad prometió el “vencimiento final” (tristemente emparentado con la “Solución Final” de los nazis para los judíos y otros “subhumanos execrables” para ellos), rápidamente la sociedad con gusto y alegría lo tomó como un hecho y se dispuso a una vida que ya no se preocuparía más por la molesta naturaleza, digamos, de “extramuros”, efectuando sus vidas en las ciudades vistas como “amuralladas islas libres de riesgos naturales”. Si bien se comprendía que las catástrofes naturales no “podían meterse en cintura” tan fácilmente, se sentía que la sociedad moderna organizada ya, reduciría considerablemente los trastornos que provocarían esas catástrofes y que el camino para regresar a la “normalidad” sería uno llano y accesible con costos mínimos que dejarían huellas leves y olvidables al corto plazo, o no las dejarían.

Los que creyeron esto no eran pocos y los pocos que no lo creyeron fueron subsumidos por el sistema, acallados, sometidos o desintegrados. Otros fueron tratados por diferentes “medios de convencimiento”. El sistema triunfó y se impuso. Con voces y ecos en contra o sin ellos.

Triunfó a tal grado que no sólo se supuso a la naturaleza externa al humano como vencida y domesticada sino que también se actuó sobre la naturaleza interna de los humanos. Por medio de la mediación de todo tipo de creencias (y otras técnicas) desde las más triviales hasta las más trascendentales y por medio de un adoctrinamiento que incluyó la manutención de un estado generalizado de ignorancia, alienamiento, e insensibilización, se procedió a “domesticar” también la naturaleza interna del humano (Roitman, 2003). Se intentó aplicando todos los “recursos” posibles, entre ellos los científicos y tecnológicos, “la conquista del espacio interior” de las personas.

Desafortunadamente tal proceso ha cobrado demasiadas víctimas y victorias (decididamente “pírricas”). Logró “domesticar” el yo interno de millones y millones de personas que se consideraron y se consideran a ellas mismas como modernas y desarrolladas lo que dice “civilizadas”. Logró vencer el interior de millones de seres humanos que hoy claman por más desarrollo y más modernidad aunque sea posmoderna. Pese a que la modernidad no se ha declarado como un derecho el desarrollo sí es reconocido como tal y así aparece en las “Cartas Magnas” o “Cartas Constitucionales” de muchos países con mayor o menor nivel de “civilización”.

No obstante, el desarrollo-modernidad no es gratuito y para dar lo que ha dado tiene en contraparte el alto precio-costado de sus “dones”. Los ideales de la modernidad planteaban la libertad, la fraternidad y la igualdad de todos los seres humanos. Todavía no se tomaba en cuenta el resto de la naturaleza en aquellos ideales. La revolución modernista era antropo y androcéntrica; falocrática (Bourdieu, 1998). Aún así, aquellos ideales rápidamente fueron decantados al vertedero de una realidad muy distinta a la formulada por los ideólogos y líderes de la modernidad.

El capitalismo-economicismo imperante desde entonces consiste en la acumulación de los distintos poderes en manos de los “elegidos” en el sistema de darwinismo social dado. Por lo tanto, ese sistema de acumulación, para serlo, implica directamente la disolución del tejido social. La libertad-fraternidad-igualdad pronto se vieron rechazadas por el modo de operar del sistema y sus

finalidades. El sistema de acumulación no admite libertades reales, fraternidades humanas ni igualdad entre las partes: esto es contrario a la acumulación.

Al crecer y fortalecerse el sistema al paso de los años y de los modelos productivo-socioculturales, los dueños del capital y poder vieron incrementados sus hatos hegemónicos y sus alcances, que al día de hoy, prácticamente son ilimitados. Crecieron y se consolidaron tan vastamente que rebasaron a los sistemas de Estado.

Primero los consorcios empresariales necesitaron del Estado, ahora, los Estados necesitan de los consorcios (Molina, 2002). Las firmas internacionales, generalmente anónimas, las poderosas empresas transnacionales son hoy por hoy quienes dictan la dinámica mundial en todos sus aspectos: sociales, políticos, culturales, ideológicos, poblacionales, legales, laborales, productivos, de consumo, etc. Los Estados nación se han debilitado tanto como las empresas transnacionales se han robustecido. Tales empresas son las que designan el quehacer de los países y de sus habitantes. Lo diseñan todo y nadie puede contra ellas.

Al perder solidez y validez el Estado nación, sus integrantes comunes, la gran mayoría de sus habitantes han quedado al margen de la cobertura del Estado. El Estado de bienestar devino uno de la existencia precaria. La propia debilidad conspicua del Estado ha dejado desprotegida a la gran población. El individuo humano ha quedado relegado a términos de sobrevivencia de las crudas "leyes del mercado": liberalismo radical.

De sujeto de la historia ha pasado a ser objeto y, el objeto de la producción-consumo (Bauman, 2007). El Estado ya no hace más por sus "representados" y sustentadores, está visceralmente desnudo ante el poder de las transnacionales. De ellas depende y a ellas sirve. La sociedad ha quedado sola y desarticulada. Se ha atomizado encaminándose a la anomia (Berger y Luckmann, 1997; Sennett, 2000). Escisión que llega a internalizarse y se hace presente aún dentro de la persona humana. La sociedad en lugar de recorrer el camino prometido por los modernizantes hacia el "triumvirato" libertad-fraternidad-igualdad, caminó en sentido contrario. Se generaron las condiciones para crear un estado semilaico que basado en una campaña plena de idiotización masiva, transformó a los grupos comunitarios y sociales en meras masas acríticas de consumidores irrefrenables e inconscientes, ansiosos por participar en el sistema impuesto y demandantes de más y más novedad, tecnología, ciencia y posibilidades de pseudocomodidades. Bajo un manto de amplia ignorancia se trastocó al ciudadano de las democracias estatales modernas en el hiperconsumidor hedonista que hoy es el sujeto regular de nuestro mundo.

La sociedad se rompió, el ser humano se rompió. Se hizo válida la demencial sentencia de Margaret Thatcher: "la sociedad no existe, existen los individuos". O algo semejante. La ruptura dentro del propio ser del ser humano consiste en la separación de su conciencia, voluntad y espíritu, forzada, de la parte meramente natural que habita en cada uno de nosotros.

Los seres humanos somos naturales y como tales formamos parte del mundo natural. Una parte de la naturaleza del mundo y del universo está dentro de nosotros. Pero el sistema con su amplia impactación sobre todo lo habido, lo visible y lo invisible, y mediante la aplicación de la tecnología y la ciencia más experta, moderna, eficaz y eficiente ha logrado que el ser humano llegue a rechazar, a abominar de lo natural que hay en él. La persona se maquiniza, se artificializa, se vuelve agente sistémico o del sistema de consumo, se digitaliza y se hace a sí mismo mercancía para el sistema global de mercado (Roitman, 2003, Bauman, 2007).

Semejante proceso y a una velocidad que causa vértigo y no permite pensar (Sabato, 2006), ha vuelto a la sociedad una masa anónima y anonimizante con agudos apetitos por lo violento, el mal gusto, el exhibicionismo, lo decadente, lo inmediato, lo desechable y la anomia; una sociedad nihilista rumbo al caos.

El proceso es cotidiano y a todos los niveles. Las bases de la vida organizada en los grupos comunitarios y sociales se han desbocado y hay señales que indican serias amenazas a lo más humano del ser humano, o sea, su civilidad (Mires, 2001). No su civilización, puesto que la civilización prosigue su evolución aunque desvirtuada ya que no hay progreso de lo humano sino de los objetos y, con ello, de las riquezas de y para los poderosos. La humanidad ha “ganado” en nivel de vida (para unos pocos) pero no ha sucedido lo mismo en cuanto a su calidad de vida. Al contrario, la calidad de vida de hoy es peor que antes para muchos de nosotros, quizás para la mayoría de la humanidad (Kliksberg, 2005).

La humanidad de nuestro ser se ha ido contrayendo, reduciéndose con peligro de llegar a la bestialización de gran parte de la población mundial encabezada por los propios gobernantes (Maebe, 2007). Si bien ahora se disponen de muchas cosas, artefactos y demás que antes eran impensados, esos artefactos que podemos ampliar a bienes y servicios que hoy están disponibles para los que puedan pagárselos, no significan una mejora sustancial de la calidad de vida. El hecho de que hoy se cuente con armas increíblemente poderosas para extinguir todo lo que presente vida o pueda sustentarla, no hace que la civilización esté “avanzando”, eso no es progreso. El hecho de que “todo el mundo” en los EE UU (por ejemplo) pueda adquirir armas y drogas, o bien, personas, a su pleno gusto y satisfacción, no hace que esa sociedad sea más “avanzada”, que el progreso esté presente en ese lugar. Como vemos, la civilidad es distinta de la civilización.

La pérdida de civilidad dada de alguna manera en relación directa con el avance de la civilización (Duque, 1984), significó el debilitamiento del Estado nación y el fin del Estado de Bienestar a nivel macro pero a nivel micro, a nivel de los individuos la misma derrota del Estado nación y del Estado Bienestar resultó en un debilitamiento extremo del sujeto, del ser humano, a un grado que no es tan fácil de observar en otros momentos de la historia humana.

En lugar de crecer y desarrollarse en su fuero interno, sucedió lo contrario. La persona humana moderna es más débil (Pérez, 2006). Se puede argumentar de diferentes maneras, pero aquí lo haremos con base en pensar que tal nivel de debilidad del ser humano está directamente mostrado por medio de su mayor dependencia del medio.

La libertad que se buscaba en la modernidad no tuvo oportunidad real y devino mayor dependencia. Las personas contemporáneas han visto incrementarse a tal grado sus “necesidades” que sienten que no pueden vivir si no están pegados permanentemente a un teléfono móvil y se sienten sumamente tensos si la energía de tal adminículo está por agotárseles en algún momento. Se ha generado la creencia de que el que no usa una tarjeta de crédito, el “dinero de plástico” casi no es parte de la sociedad, o definitivamente no pertenece a ella, o quizás ni merece serlo. ¡Ay de aquel que se atreva a no comprarse un buen automóvil!, de tal modo que el “hombre económico” devino “hombre automóvil”. Y al que no siga las modas: “castigarle debemos”.

En las urbes esto es cotidiano. Tal vez en el medio rural no se llegue a lo mismo pero el fenómeno también se presenta ahí. Hay una gran parte de la población que no puede seguir estos “juegos” sociales por carecer de los recursos para hacerlo. Son los desheredados, se les llama a veces

pobres, a veces “la gente de la miseria”. Pero cabe el señalar que muchos de los desheredados, producto directo del sistema de acumulación, “gran logro” de los modelos de desarrollismo modernista, si pudieran, también caerían en el garlito. Es más, es una realidad que hay gente pobre que cuenta con su teléfono móvil y de algún modo participa en el mundo virtual de la Internet, es más, en nuestro México, el ex Presidente Fox se enorgullecía de llevarle Internet a las poblaciones y pobladores más depauperados, así podían seguir siendo pobres pero “modernos”, digamos, y podían comunicarse con los pobres de otros lados, o sea, la “comunicación en movimiento” y en auténtico “tiempo real”.

Esto podría parecer una exageración de parte nuestra, pero tiene su coto de realidad. El mismo ex Presidente Fox lanzó a los cuatro vientos su proyecto nacional para hacer de cada uno de los mexicanos los jardineros más expertos y especializados del mundo para que todos nosotros pudiéramos (con un perfecto inglés), arreglar los jardines de los estadounidenses y todos tuviéramos “chamba” como él decía. Pero también creó el famoso proyecto nacional de los “changarros” o “micro changarros” donde todos seríamos nuestros propios patrones y ya no tendríamos que marchar al mercado norte a vendernos al mejor postor. Todos seríamos “auto jefes” y nos libraríamos de arreglos duros, torcidos y constantes con los patrones de las industrias, empresas y demás sitios de empleo. Esa es una mente empresarial moderna, la del citado ex Presidente, que no sabía quién era Borges, ni Vargas Llosa ni García Márquez y, públicamente le decía a una señora: que “qué bueno que no sabía leer, así no se enteraba de tantas cosas feas e innecesarias”, o algo de éste pelo. En semejante mente presidencial es claro que cabría la pregunta: ¿qué diantres tendrían que ver esos autores-escriitores con la calidad de un Presidente de una República moderna?!

Por supuesto que el Estado nación-bienestar sepultado en las heces del sistema mercado-capital-liberalismo se volvió la plataforma, el medio y el objetivo y meta de la disolución social que hoy vivimos, resumiendo a (Kaplan, 1997). La ruptura social y la ruptura interior del ser humano fraguadas en el debilitamiento del sujeto-persona han llevado a más y más debilidad humana, como lo atestiguaba Nietzsche. Ahora tenemos debilidad humana física, mental, emocional, actitudinal, axiológica, social, comunal, individual, etc.

Mientras más se practica el individualismo egomaniaco más se amplía la debilidad del ser humano. “La unión hace la fuerza”, la desunión lo contrario. El humano ya no confía en nadie y ya carece de imaginación suficiente para generar nuevas utopías, sean factibles o no. Desconfía del medio, del sistema, del gobierno, de las instituciones, de los demás, de la naturaleza, desconfía de sí mismo puesto que no se conoce y menos se reconoce dado el proceso tan arduo de idiotización sociocultural. Desconfía de Dios puesto que ahora le son más caras las ideas teleológicas y las entelequias. Asimismo, menguada su facultad pensante y su fe como su confianza, ya no cree en meta relatos. Son cosas demasiado abstractas para su mente forjada en el inmediateísmo materialista-fiscalista del utilitarismo más pragmatista. La desconfianza social está dada (Valenzuela y Cousiño, 2000).

Tal debilitamiento generalizado de la humanidad y en nuestra humanidad individual se traduce en una mayor fragilidad humana. Vivimos una era posmoderna donde la fragilidad humana y de lo humano son palmarias y ubicuas. Esta fragilidad humana nos ha llevado a realizar nuestras existencias en lo que se conoce como la “sociedad del miedo”.

LA SOCIEDAD DEL MIEDO

Por lo menos desde que el ser humano es tal el temor y el miedo han existido. En buena medida el surgimiento de las agrupaciones humanas primeras, para después transformarse en sociedades muchas de ellas, fueron soluciones parciales para enfrentar los retos existenciales. Los retos eran (y son) de variada índole y en función de la precariedad de aquellos grupos humanos primigenios y dada la dificultad para enfrentar el entorno, aquellos generaban temores que en diferentes niveles y manifestaciones llegaban a ser miedos y pánicos.

Conforme la humanidad fue evolucionando, física y mentalmente, fue siendo más capaz de afrontar los retos y los temores. Paralelamente al ir ganando agudeza mental y destreza física los temores ancestrales fueron sufriendo modificaciones. Algunos desaparecieron, otros se transformaron, unos más aparecieron y otros se recrudescieron.

En época temprana el ser humano dominado por su "animalidad" vivía elementalmente en un presente continuo. Al ir adquiriendo madurez mental generando elementos culturales, pudo identificar la tridimensionalidad del tiempo, lo que dice, se hizo consciente de la existencia del pasado, de las probabilidades de un futuro y de que el presente era solamente una parte de su existencia. Pero esto devino en nuevas preocupaciones que conducían, cuando menos en parte, a la generación de nuevos temores, miedos y pánicos.

Ante la enormidad y complejidad del universo-mundo y ante la "pequeñez" de los tamaños humanos, el humano como defensa y como modo de articularse en el movimiento sostenido de la naturaleza y de lo inmaterial, elaboró estrategias de sobrevivencia (hasta instintivas) que incluían al temor-miedo como mecanismo de respuesta inmediata-mediata: el temor y el miedo, así como el pánico. Éstos son modos de respuesta a estímulos que el humano interpreta como negativos. Negatividad basada en una percepción de los estímulos como fuente de amenaza o amenaza en sí misma. La amenaza puede ser real o imaginada y mientras más aguda sea se incrementará el nivel de riesgo potencial de la amenaza. La interpretación del grado de riesgo de la amenaza determina casi linealmente la respuesta traducida en temor, miedo o pánico.

Si una amenaza desencadena una respuesta, la suma de dos o más amenazas incrementa la respuesta al riesgo. El sistema ternario del temor, es decir, la presencia y desarrollo del temor para realizarse como miedo y luego como pánico, si llega al caso, es una forma de manifestación que está interpretando violencias posibles o dadas en contra del sujeto, del grupo o de la sociedad, presentadas/representadas en diferentes tipos y grados; retomando a la violencia en términos de: usar o amenazar con el empleo de la fuerza física entre individuos o grupos (Giddens, 2000). O como la coacción física o psíquica susceptible de atraer el terror, el desplazamiento, la desgracia o muerte, incluyendo efectos del despojo, daño o destrucción de objetos (Héritier, 1996), sin dejar de reconocer que la violencia y su percepción también son socialmente construidas.

El sistema ternario del temor puede habitar en cada ser humano pero así como la presencia de varias amenazas aumenta las factibilidades de darse, el intercambio entre dos o más sujetos (el término sujeto es descriptivo para nuestro caso, ya que somos sujetos y a la vez estamos sujetos a múltiples, repetidas y sostenidas interacciones con el medio) conlleva nuevos matices y grados de percepción de las amenazas. Empero, puede acontecer lo contrario: que los temores y miedos mengüen y que el pánico no se dé. La sinergia de los temores-miedos-pánicos es compleja y puede actuar en un sentido o en otro.

El violento proceso de modernización productivista-consumista en el repunte más alto hasta hoy de la ciencia y la tecnología, efectuó y efectúa cambios importantes en el sistema ternario del temor. Al modificar los sistemas de vida, pensamiento, actitud, axiológicos, de creencias, político-ideológicos, etc. ha perturbado considerablemente los propios de la sociocultura. Si bien el sistema ternario a lo largo del desenvolvimiento humano ha presentado las dos vertientes de riesgo, la del riesgo real y la del imaginario, las tesis modernistas en sus intentos de domesticar a la naturaleza y de manejar (acotar) el azar, supusieron que el sistema ternario si no podía ser eliminado sí podía ser “administrado”. Es la tesis del riesgo calculado (Beck, 1998) basada en el conocimiento experto.

Otro cambio fundamental que la modernidad introdujo en la percepción y asimilación del sistema ternario del temor fue el de suponer que el riesgo y/o la amenaza era cognoscible, cuando menos en el sentido de ser potencialmente identificable. Cuando la fuente, el riesgo-amenaza, su tipo y nivel son identificables, la percepción y tendencia actitudinal hacia el riesgo-amenaza puede cambiar diametralmente.

Aunque puede conducir hacia la intolerancia y la inconsciencia llegando al temor pánico, era la idea toral el que bajo la cobertura amplia del “paraguas” sociocomunitario de la tecnociencia, una vez identificadas las “coordinadas orgánico-estructurales” o dimensionalidades del riesgo-amenaza, las posibilidades de obtener éxito en tales circunstancias eran superiores, o incluso que el nivel de daño sería más bajo. Ya los psicoanalistas, comunidad bastante adecuada a las propuestas modernistas, manejaban desde tiempo hace, que una de las primeras tareas para enfrentar los retos, temores y riesgos era la de tener una buena identificación de la causa del malestar, darle “rostro” al temor (Reguillo, 2000).

Las ideas anteriores eran parte del Estado de Bienestar. La cooptación del medio, el manejo de la naturaleza, la libertad del ser humano ubicado por fuera y “por encima” de los sistemas naturales (sumamente sujetos al azar). El azar cuantificado y administrado. La administración del riesgo-amenaza, la simplificación y factible anulación del daño. Lo que dice, la “dosificación” del sistema ternario del temor y el Estado tenía que resarcir todo mal dentro de su lógica compensatoria y de un proceso histórico de inclusión (Luhmann, 1993).

El Estado de Bienestar quedó bloqueado antes de llegar a una realización masiva. No se consiguió. En cambio el modelo de la modernidad devino una polarización mayor de las diferencias entre los grupos humanos. Los ricos son más ricos y los pobres son más pobres, a la vez los ricos son menos que antes y los pobres son más numerosos. La evolución humana se supuso aparte de la natural y la historia humana se puso por delante de la historia natural.

El modelo contemporáneo de producción y reproducción es uno signado por el productivismo. La alta productividad radica a su vez en la alta competitividad. El mundo se volvió una competencia, la vida se hizo una competencia. Incluso la educación se llega a plantear como “de las competencias”.

El darwinismo social se expresa en la fuerza que cobra la supremacía del más fuerte (Sandín, 2000). El mejor, el más fuerte es el ganador y el resto, son perdedores: son una clase distinta de la clase ganadora. El ganador, sostiene una lucha “a muerte” contra los demás, que bajo las competencias dejan de ser “los demás” para ser enfrentados como enemigos reales. La competencia en su extremo de competitividad recalcitrante vira de ser una lucha a una guerra real

con numerosas batallas cotidianas en distintos frentes. Como lo ha planteado Cerda (2001), la sociabilidad se ha resquebrajado y el espacio territorial es el de la desconfianza y temor.

La sociedad del Estado de Bienestar se desvió. Perdió la ruta, somos “ciudadanos sin brújula”, Castoriadis (2002). Se llevó a la mayoría de la humanidad a la guerra sobrevivencialista actual. Estamos viviendo una etapa marcada por los flagelos de las crisis, no salimos de una crisis cuando ya tenemos otra encima. Se habla de múltiples, amplias y sostenidas crisis: de valores, de la política, de la economía, de la ecología, del ambiente, de la cultura, del ser humano, del trabajo, de la educación, etcétera.

La racionalidad fue llevada al punto de lo irracional puesto que se pensaba (determinismo exaltado) que el proyecto modernista era capaz de llegar aún más lejos que los modelos existenciales de corte divino. Ése determinismo irracional supuso que todo obedecía a una causa y que conociéndola se podía fijar el efecto, entonces el mundo era manejable al modo que al ser humano le conviniera: el destino era predecible y el universo, gracias al positivismo era representable en función de ser entendible, confundiendo el entendimiento con la descripción, lo entendible con lo describable; como si el poder “leer” la realidad por definición inequívoca deviniera poder entenderla, algo hasta ahora irreal.

No obstante, tal mundo-universo predecible-manejable no ha visto nuestro planeta y la sociedad de la certidumbre, con las enormes tensiones impuestas por la productividad-competitividad dieron a luz a la sociedad del riesgo asociada a la sociedad del miedo, sumamente distinta de la sociedad de la certidumbre. Se ha llegado a cuestionar si las civilizaciones pueden morir de miedo al igual que los individuos (Delumeau, 1989) en un prolongado enredo con el mismo.

En otro tenor, hay un importante componente del sistema ternario que lo condiciona sobremanera, lo cultural. La cultura está en cada uno de nosotros y está en el grupo o sociedad. La cultura es una rejilla de lectura de las realidades y es a la vez, una rejilla de la realidad que nos lee, o sea, que la cultura es un sistema biunívoco entre nosotros y la realidad, nosotros contenemos y forjamos cultura y la cultura nos contiene y nos forja simultáneamente.

La cultura nos ayuda a enfrentar el sistema ternario del temor pero al mismo tiempo nos inunda del mismo sistema puesto que somos sujetos y sujetos estamos a los avatares. Igualmente sucede con la fragilidad y la fortaleza humanas, la cultura las condiciona.

La cultura que se relaciona con el sistema ternario toma su parte de lo que Bourdieu (1998) denomina la violencia simbólica, esa forma de violencia enraizada en lo cultural que se ejerce activa y consentidamente por los mismos individuos y grupos-sociedades dominados perpetuando y reproduciendo las relaciones asimétricas que originan tal dominación y su estado. Violencia que es ubicua y sostenida.

Nuestro mundo es un amplio y complejo mosaico multicultural, multiétnico que es una manifestación sana de la biodiversidad natural ya socializada. Cada cultura acuña sus condiciones sobre el sujeto inmerso en ella, pero el resto de las culturas también, en mayor o menor grado, imprimen sus trazas sobre el sujeto. No pertenecemos a una sola cultura, eso supondría que existen culturas puras, no las hay, lo que existe es la mezcla de culturas, las culturas híbridas y entonces, pertenecemos a cierta hibridación cultural (García, 2001).

El sujeto es culturizado por cierta cultura híbrida dominante, pero sigue recibiendo “mensajes”, aportaciones del resto de culturas y más en la actualidad donde la información y comunicación pueden ser instantáneas. El sujeto es cultivado y así es como confronta al sistema ternario del temor.

El sistema político y de producción no queda al margen de lo señalado hasta aquí, al contrario, es el pilar de sostén, la plataforma de base, el promotor y el motor de tales condiciones (Roitman, 2003). De manera directa e indirecta y consciente-inconsciente el sistema productivo-reproductivo modernizador ha generado las condiciones, los medios y los principios-intereses así como las finalidades con las que opera y busca su consolidación permanente.

Tal vez la amenaza de la guerra nuclear que se pensó y se piensa puede acabar con la vida en el planeta, o por lo menos con las civilizaciones humanas así como las conocemos ahora, fuera la primera ocasión en que surgía una nueva amenaza, un alto riesgo, un nuevo temor, muy nuevo puesto que la bomba atómica solamente fue un hecho hasta el final del segundo conflicto bélico mundial. Por primera vez, el ser humano era capaz de atentar realmente contra la propia sobrevivencia de la especie. Pero ése suceso resultó fundacional puesto que a partir de ello, se vio que la actividad-actitud humanas podían ser de repercusión mundial en una confrontación de los bandos capitalistas *versus* socialistas. El bloque más o menos marxista se fracturó y con la cosmovisión marxista de la existencia relegada a un sitio totalmente menor, el capitalismo pudo operar libremente. Se apoderó de la existencia humana. El mundo se occidentalizó.

Empero, al no darse el Estado de Bienestar lo que quedó en su lugar es un estado inestable, de incertidumbre donde las modificaciones incluyen a las formas de percepción de las realidades. El debilitamiento fue y es general, no solamente fue de los Estados nación, sino de los grupos, sociedades, civilizaciones y de los individuos. La gran transformación del mundo llegó hasta las formas de concebir los hechos y las cosas, las formas de pensar, de actuar y las tendencias actitudinales. Las escalas axiológicas fueron modificadas, la moral se relativizó. El sistema dominante impuesto por fuerza es uno que confunde lo posible con lo admisible.

Al aplicarse drásticamente el proceso productivista del capital, el sistema humano y el natural fuera de lo humano han pagado los altos costos del mismo. Se incrementaron las poblaciones, las “necesidades” humanas, las demandas sobre el sistema de “recursos naturales”, las intervenciones sobre el ambiente, las condiciones de degradación del medio y de muchos individuos y grupos-sociedades humanos y no humanos, etc.

Se comenzó a hablar de contaminación, sobrepoblación-hacinamiento, del agujero de la capa de ozono, de deforestación, del cambio climático, del calentamiento global, de la pérdida de biodiversidad (aunque en realidad esto último vaya más allá de la pérdida de diversidad biológica), etc., el cambio hizo ver de manera distinta éstos acontecimientos y se les vio por primera vez como riesgos-amenazas mundiales. La escasez de agua, de energéticos distintos a los fósiles, la contaminación del aire, la desaparición de especies, la migración, la drogadicción, el narcotráfico, el tráfico ilegal de especies y de personas, la alta violencia, el terrorismo, la alta inseguridad social, el desempleo y un muy largo etcétera formaron parte por primeras veces de un dilatado marco de referencia mundial. Todo ello se tradujo en nuevas y más pesadas incertidumbres, más temores, miedos y hasta pánicos.

Del mismo modo, aparecen por primeras veces las voces que exigen actuar para contrarrestar o anular este estado de caos en que ha caído nuestro mundo. La gente toma parte y se asocia, surge la sociedad civil.

Al detectarse las potencialidades de los riesgos-amenazas emerge entonces la hoy conocida como sociedad del riesgo acompañada de la sociedad del miedo.

Como lo señalaba Marx y su escuela el sistema del capital es antinatural (Valenzuela, 1994), y para nosotros cuando menos en doble sentido: atenta contra sí mismo y atenta contra la naturaleza incluyendo al ser humano. Podemos añadir que el sistema del capital es equívoco, puesto que un sistema que atenta contra todo, hasta contra sí mismo es francamente un sistema del error y del horror. Un sistema insustentable e insostenible.

Pero una características más de este sistema antinatural es que es auto referente, se auto contiene y auto asume y por derivación directa tanto como indirecta, es un sistema incongruente, inconsciente que promueve la inconsciencia. Entonces es antro de inconsistencias, sucesos insólitos, inexplicables, inefables, contrapuestos, contradictorios que llegan al absurdo. Donde se da una experiencia trágica por lo absurdo padeciendo una extrema sensibilidad para el dolor, como indica Curcó (2005) siguiendo a Nietzsche.

Viviendo en el absurdo la humanidad en sus grandes mayorías ha caído en el sobrevivencialismo, como lo mencionamos. Ya no tenemos vida ni menos proyecto de vida, lo que tenemos son, acaso, pasos fortuitos que intentan darnos “un día más de vida” sin que ésa vida signifique una existencia verdadera. Tal modo de vida no puede generar individuos, grupos, sociedades, civilizaciones fuertes. Hoy la debilidad generalizada se ha acompañado de debilidades de un tipo y de otro, de un nivel y de otro. Esas debilidades presentes en cualquier momento y circunstancia y manifestadas de múltiples maneras e, incluso repetida y sostenidamente, son nuevas demostraciones de la fragilidad humana aumentada que sostienen su vulnerabilidad y que es estudiada desde las éticas de distintos autores (Piola, 2004).

El círculo del sistema productivista-consumista se cierra sobre sí mismo y, en una ecuación matemática sobre la realidad ya resuelta para los intereses del sistema; para el caso que queremos enunciar, fabrica “necesidades” y una vez que tales necesidades trascienden a la sociedad, entonces introduce los bienes (y servicios) así como los satisfactores necesarios, nunca suficientes pues este proceso es amplificado *ad nauseam*.

Cría condiciones de inestabilidad de los sujetos para enseguida o antes, ofertarle las soluciones del caso que pueden ser simplificadaamente materiales o incluso inmateriales. Lo mismo se ofrecen aparatos, sustancias, videos, libros y demás que tratamientos psicológicos, psiquiátricos, esotéricos, mágicos y otros.

Se genera un estado de inseguridad personal y social que retoma todo tipo de temores, miedos y pánicos y, entonces se ofrece una extensa línea de artefactos, procesos y demás para “librarnos” de tales cargas. Podemos irnos a vivir a sitios amurallados con vigilancia policial en persona y con todo tipo de instrumentos electrónicos de la más alta tecnología. Podemos blindar nuestros automóviles. Podemos marchar a “islas” paradisíacas donde la realidad es una inventada. Podemos contratar guaruras personales permanentemente a nuestro lado. En fin, la oferta de medios para resolver nuestros temores-miedos puede desbordar nuestra imaginación y juicio.

Siempre que se tengan los medios económicos para realizar esas acciones, lo cual para la gran mayoría de la humanidad queda vedado.

El sistema es fuerte y tiene su inteligencia, es el sistema de la inteligencia artificial casada con la modernidad (Haugeland, 2003) y que llega a buscar arduamente la inteligencia en otros mundos cuando en el nuestro lo que hace es combatirla queriendo anularla: eso es incongruencia, inconsistencia e inconsciencia, además de inmoralidad y/o quizás amoralidad.

El sistema dominante practica un rol multifacético que lleva a contradicciones que terminan siendo contraposiciones reales procuradoras de sendos conflictos. Lo cual es combustible de funcionamiento del sistema ternario del temor. Pero al mismo tiempo se toma a sí mismo como "propietario" del sistema ternario, esto es, se da lo que se conoce como "la apropiación autoritaria del miedo" (Lechner, 1990). "La autoridad" toma las riendas del sistema ternario para manipularlo y sacar partido. Lo politiza e ideologiza. De formar parte de la política general de "gobernanza" de los Estados nación, pasa a ser toda una Política (Altheide, 2003) con un trasfondo prediseñado. Se manejan y exploran los temores "naturales" de los individuos, grupos y sociedades para agudizarlos y explotarlos material e inmaterialmente.

El sistema hace que los sujetos vean, sientan, crean, valoren, aprendan y persigan lo que él desea. Se fabrican temores marcados que pueden provenir o no de los temores "tradicionales", "comunes", "naturales" los ya asimilados por los sujetos, para crear temores reformulados e incitantes que excitan a la acción en contra de ellos y de sus fuentes o que paralizan.

La sociedad del miedo alimentada por la percepción sostenida del riesgo, de la también denominada sociedad del riesgo, es una lacerante realidad actual. En medio de soluciones esporádicas, de todo tipo y nivel desde las materiales hasta las inmateriales, el ser humano no encuentra la salida del "laberinto existencial" y el supuesto desarrollo no le alcanza para generar su propio progreso sobre todo en los rubros más trascendentes: su fuero interno, intelectualidad, alma, conciencia, sociabilidad y asociatividad (Valenzuela y Cousiño, 2000), cordura y sanidad, su solidaridad con el resto del mundo, etc. Pese a contar con escuelas, guías profesionalizados, terapeutas expertos, religiones, drogas poderosas, dispositivos electrónicos "de punta y última generación") y demás, ha visto recrudescida su dependencia del medio y su fragilidad se ha ampliado considerablemente.

Como parte de la problemática vivida y como suele acontecer en los distintos momentos de la historia, el ser humano se retrae sobre sí mismo ante una panorámica poco halagüeña e, inmerso en la cerrazón del sistema ternario del temor, tiende a centrar su mirada en lo que le acontece a los demás: fija su vista en juzgar a los otros y sostiene las condiciones para sopesar su diferencia respecto a la otredad, entrando bajo términos de temor, ignorancia, prejuicio y cortedad de pensamiento a lubricar las ideas (necias), conjeturando que las dificultades de su vida se deben a la presencia de elementos desestabilizantes que termina identificando del otro lado, del lado del otro.

EL OTRO

Históricamente los grupos-sociedades humanos han tendido a unirse por sus regularidades y a separarse por sus diferencias. Aceptando y rechazando parte de unas y otras es como la sociabilidad humana se ha gestado en el proceso evolutivo, en una descripción sencilla del fenómeno. Al ir surgiendo las distintas formas del poder, se fueron creando reglas de pertenencia a tales colectivos. Cuando aparecen ya las primeras sociedades, las reglas de pertenencia se hacen más fuertes, se tornan leyes. Unas de base teológica y otras más laicas. Es común que la estructura de los grupos-sociedades humanos conlleve una parte regulatoria, normas y leyes, algunas escritas y legalizadas formalmente y otras sin escribir pero vigentes. Una fracción de la normatividad es tomada libremente por las personas y otra parte es adoptada por obligación, incluso bajo sanciones o amenazas de ello. Asimismo, independientemente de ser reglas formales o no, legalizadas o no, sancionadas o no, unas veces son cumplidas y otras no.

Las normatividades desempeñan diferentes funciones pero aquí mencionaremos la de brindar sostén, unión al grupo correspondiente. Como lazos de unión, cohesionan y mueven a los individuos dentro del seno grupal, así también otorgan pertinencia y sentimiento de pertenencia a los individuos. Al paso de los siglos, los conglomerados humanos han marchado bajo sus propios postulados haciendo una nación-cultura de su misma trayectoria viendo al resto del orbe como otras naciones-culturas separadas de la propia y en muchos momentos como vectores de amenazas, riesgos, temores.

Las distintas etapas de la humanidad han tenido sus formas de manejar (a veces no) las relaciones entre grupos-sociedades humanos diversos. Pero al entrar los fenómenos de la modernidad, el capital, el industrialismo, el economicismo y el desarrollismo progresista no son los individuos los que procuran las interrelaciones con otros grupos, son los sistemas de gobierno y las ideologías y sistemas políticos, es decir, el sistema del poder es el que lo hace.

Éste sistema se da a la tarea de originar una “cultura de la culpabilidad” donde se antoja pensar que: el sentimiento de culpabilidad puede ser considerado como expresión de un estado de tensión entre el yo y el ideal (Freud, 2005), o sea, aquella subcultura que intenta dar como resultado encontrar quiénes son los culpables de tales y cuales temores, digamos, los “enemigos del desarrollo”, para asentarlos de una manera simplificada (reconociendo que no existen las cosas simples), los enemigos de la sociedad, “nuestros enemigos”, “paradigma de pensamiento” que se ceba de la impunidad que el sistema exhibe cuando se llega la “hora de la justicia” donde no se aprecia una solidez en la determinación de aquella y, extendiendo un manto de percepción sensibilizada cuando los medios masivos de información-comunicación “aprovechan” y explotan la veta sobre la apreciación de la impunidad y su manejo público y privado, aunque la impunidad es un “hecho”: en la capital mexicana algo más del 90% de los delitos denunciados quedan impunes, siendo que se reconoce que el número de delitos no denunciados puede ser equivalente o superior al de las denuncias.

Lo anterior conduce más violencia formulada en aquello del “tomar la ley o justicia” en manos propias que a la vez admite en la conceptualización del mundo contemporáneo que la violencia es parte de ser moderno (al igual que la muerte). La violencia actual también es un “recurso” de y para el sistema, lo que se conecta con incredulidades sobre los sistemas estructurados social y legalmente para lo mismo, recreando mayores condiciones de incertidumbre y hasta desesperanza y desesperación, ahondando las diferencias en negativo y abundando los prejuicios que parten principalmente de la ignorancia en un sentido amplio. Ignorancia que se explaya hasta discriminar

a los demás como los “culpables”, por lo menos potencialmente, orillando a “pensar” que “los malos son los otros”, los que son diferentes a mí. La maldad está afuera de mí y de mi grupo, allá se encuentra la fuente del temor y del riesgo: la oscuridad y la maldad. El sistema ternario del temor se vigoriza de ello.

Se orienta a “sentir” que debemos identificar como culpables a aquellos que “pensamos” no son iguales a nosotros, a los que no se comportan como nosotros y no quieren lo que nosotros; dado que la otredad implica una inconmensurabilidad (Bernstein, 1991). En un marasmo de irracionalidad se entablan las falsas bases para hacer de terceros los “culpables” de nuestro mal estado y temores, la criminalización del otro (Oehmichen, 2007). Así, en este turbio submundo de lo visceral se definen como los “malos” y “culpables” a los pobres, los migrantes, los extranjeros, los recién llegados y los indígenas, así como a los “quejosos”, los que protestan, para resumir una lista que puede ser mayor y que entre sus “criterios de discriminación” contiene una dosis alta de consideración de que los “otros” al no ser de “nuestro clan” o “nuestra tribu” son incivilizados. Nosotros somos civilizados pues pertenecemos a la civilización (moderna) y aquellos al ser ajenos a la misma, por defecto y definición son “bárbaros” y materia de cuidado, son de los que la sociedad en su civilización “debe cuidarse”: son fuente de maldad, violencia, temor y riesgo. Incivilización. Eufemísticamente en el México de hoy se le denomina a tales seres humanos diferentes a “nosotros” bajo el impactante (e inquietante) título hasta hollywoodense de “El México Profundo” (López, 2001), un México que según la misma declaración periodística “no termina por irse”.

Así como crea y recrea los temores, también opera con la misma eficiencia-eficacia para “ilustrarnos” sobre quiénes son los culpables o sobre quiénes debe recaer “todo el peso” de la responsabilidad por los temores que tenemos. A los que habrá que cobrarles las cuentas. El sistema nos “enseña” en contra de quien debemos estar. Genera toda una serie de “chivos expiatorios”, venciendo a los cuales, el proceso liberador del desarrollo-progreso continuará su paso irrenunciable.

El sistema operado criminaliza, tiende a representar a los “culpables” como “criminales” verdaderos. El sistema intenta enfocar la problemática de la violencia-temor sobre los “culpables” para operar de inmediato en ellos asimilándolos dentro de su estructura bajo representaciones de “criminales” que “rompen el orden” y por lo tanto son seres que merecen ser “castigados” y quizás “reeducados” para su posterior reinserción al sistema o para eliminarlos. Persiguiendo al mismo tiempo descentrar la atención del punto medular que es el origen de las condiciones asimétricas que generan la desigualdad y demás dentro del sistema globalizante. El mismo sistema que ha producido una sociedad criminógena, la de la suma de soledades, la de la violencia como recurso, permisiva, relativista, nihilista, vacía (Figuroa, 2008) que busca la venganza por encima de la prevención.

El sistema posee poderosos medios para lograr sus intenciones. Solamente mencionaremos al sistema de información-comunicación (que ha estructurado a la sociedad de medios, misma que ha resultado en lo que proyectamos aquí como la “soledad de medios”) en su aspecto de medio (que muchas veces tiende y llega a ser fin) del sistema dominante para imponer sus “verdades”, principios y valores, entre otras cosas donde pueden destacarse los terrores que desatan sobre nuestro destino final por el fin de los tiempos (Eco y Martini, 1997) aún dentro de perspectivas milenaristas del catastrofismo, horrorizando el ambiente todo sobremanera.

Del universo de los *mass media* retomaremos nada más los señalamientos de su sobresimplificación de la información, su desestimación de la autenticidad-fiabilidad de la misma, el carácter unilateral de su sistema comunicativo y su falta de categorización de la información-comunicación, que en su conjunto e interacción condicionan y operan severamente el sistema ternario del temor, recrudeciéndolo, reviviendo aquella “época del Terror” revolucionario francés y su famosa guillotina creando atmósferas de irresponsabilidad social.

No desarrollaremos los ítems anteriores pues rebasan los límites de nuestra actual presentación, la cual hacemos llegar hasta este punto sin poder pensar en una conclusión, puesto que la temática de nuestro escrito continúa en activo cada día y permanece.

BIBLIOGRAFÍA

Altheide, D. 2003. Notes towards a Politics of Fear. *Journal of Crime, Conflict and the Media* 1 (1) 37-54.

Bauman, Z. 2007. *Vida de consumo*. Fondo de Cultura Económica. México.

Beck, U. 1998. *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Paidós. Buenos Aires.

Berger, P. y T. Luckmann. 1997. *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno*. Paidós. Barcelona.

Berlin, I. 1988. *Cuatro ensayos sobre la libertad*. Alianza. Madrid.

Bernstein, R. 1991. Una revisión de las conexiones entre inconmensurabilidad y otredad. *Isegoría*. No. 3. España.

Bourdieu, P. 1998. *La domination masculine*. Seuil. París.

Castoriadis, C. 2002. *Ciudadanos sin brújula*. Ediciones Coyoacán. México.

Cerda, C. 2001. *Imágenes de ciudad*. Ponencia. IV Congreso Chileno de Antropología. Universidad de Chile. Santiago.

Curcó, F. 2005. Nietzsche y la experiencia trágica del absurdo. (Pensamiento y sistema de ficciones frente a la incertidumbre). *Astrolabio. Revista electrónica de Filosofía*. No. 1. Barcelona.

Delumeau, J. 1989. *El miedo en occidente*. Taurus. Madrid.

Duque, A. 1984. *El suicidio de la modernidad*. Bruquera. Barcelona.

Eco, U. y C. M. Martini. 1997. *¿En qué creen los que no creen? Dialogo sobre la ética en el fin del milenio*. Temas de Hoy. Madrid.

Fazio, C. 2006. Participar, esclarecer, resistir. La Jornada. 17 de Julio. México.

Figueroa G., L. M. 2008. La sociedad criminógena. Cinteotl. Revista de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades. No. 3. Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. México.

Freud, S. 2005. Psicología de las masas y análisis del yo. LibrosEnRed.

Fukuyama, F. 1992. El fin de la historia y el último hombre. Planeta. Barcelona.

García C., N. 2001. Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad. Paidós. Buenos Aires.

García, E. 2006. El cambio social más allá de los límites al crecimiento: un nuevo referente para el realismo en la sociología ecológica. Aposta. Revista de Ciencias Sociales. Madrid.

Giddens, A. 2000. Sociología. Alianza. Madrid.

Giddens, A. 2000. Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas. Taurus. Madrid.

Haugeland, J. 2003. La inteligencia artificial. Siglo XXI. México.

Héritier, F. 1996. Seminaire sur la Violence. O. Jacob. París.

Kaplan, M. 1997. Crisis y reformas del Estado latinoamericano. Revista Reforma y Democracia. No. 9. Caracas.

Kliksberg, B. 2005. (Compilador). La agenda ética pendiente de América Latina. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.

Lander, E. 2002. La utopía del mercado total y del poder imperial. Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales. Vol. 8. No. 2.

Latour, B. 1993. Nunca hemos sido modernos. Debate. Madrid.

Lechner, N. 1990. Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política. Fondo de Cultura Económica. México.

López O., A. 2001. La Jornada. 28 de julio. México.

Luhmann, N. 1993. Teoría política en el Estado de Bienestar. Alianza. Madrid.

Maebe, J. E. 2007. Atreverse a saber. Revista Konvergencias. Año V. No. 16. Argentina.

Max-Neef, M. 1993. Desarrollo a escala humana. Icaria. Barcelona.

Mires, F. 2001. *Civilidad y barbarie. Acerca de las relaciones entre sociedad civil y política.* Revista Espiral. Vol. VII. No. 21. Guadalajara. México.

Molina P., M. I. 2002. *La otra cara del Imperio.* Crisol Latinocaribeño. Caracas.

Oehmichen, C. 2007. *Violencia en las relaciones interétnicas y racismo en la Ciudad de México.* Revista Cultura y Representaciones Sociales. Año 1. No. 2. México.

Pérez E., A. 2006. *Sujeto moderno y naturaleza en el último Nietzsche. Utopía y Praxis Latinoamericana.* Vol. 11. No. 34. Maracaibo.

Piola, M. E. 2004. *De la pasión por "uno mismo" a la obsesión por el otro. Comentarios a la ética de Emmanuel Lévinas.* Utopía y Praxis Latinoamericana. Vol. 9. No. 25. Maracaibo. Venezuela.

Reguillo, R. 2000. *Los laberintos del miedo. Un recorrido para fin de siglo.* Revista de Estudios sociales. No. 5. Bogotá.

Roitman, R., M. 2003. *El pensamiento sistémico. Los orígenes del social-conformismo.* Siglo XXI-UNAM. México.

Sabato, E. 2006. *La resistencia.* Seix Barral. México.

Sachs, W. 1992. *Diccionario del Desarrollo.* Zed Books. Londres.

Sandín, M. 2000. *Sobre una redundancia: el Darwinismo social.* Revista Asclepio. LII (2). España.

Sennett, R. 2000. *La corrosión del carácter. Las consecuencias del trabajo en el nuevo capitalismo.* Anagrama. Barcelona.

Sheldrake, R. 1994. *El renacimiento de la naturaleza.* Paidós. Barcelona.

Sloterdijk, P. 2003. *Esferas I.* Siruela. España.

Valenzuela, E. y C. Cousiño. 2000. *Sociabilidad y asociatividad. Un ensayo de sociología comparada.* Revista Estudios Públicos. No. 77. Chile.

Valenzuela F., J. C. 1994. *El mundo de hoy: mercado, razón y utopía.* Anthropos/UAM-I. México.

Villaveces, J. L. 2005. *Tecnología y sociedad: un contrapunto armónico.* Revista de Estudios Sociales. No. 22. Bogotá.

Zaid, G. 2001. *La santificación del progreso.* Letras libres. Año III. No. 26. México.

Zaid, G. 2004. *La fe en el progreso.* Letras libres. Año VI. No. 71. México.